

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

Navidad (1)

21 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros en Audiencia General pocos días antes de la celebración del nacimiento del Señor. El saludo que circula en estos días por los labios de todos es "¡Feliz Navidad! ¡Felices fiestas navideñas!". Procuremos que, también en la sociedad actual, el intercambio de felicitaciones no pierda su profundo valor religioso, y que la fiesta no quede absorbida por los aspectos exteriores, que tocan las cuerdas del corazón. Ciertamente, los signos exteriores son hermosos e importantes, con tal de que no nos distraigan, sino que más bien nos ayuden a vivir la Navidad en el sentido más auténtico, el sentido sagrado y cristiano, de modo que nuestra alegría no sea superficial, sino profunda.

Con la liturgia navideña, la Iglesia nos introduce en el gran Misterio de la encarnación. De hecho, la Navidad no es un simple aniversario del nacimiento de Jesús; también es eso, pero es algo más: es celebrar un Misterio que ha marcado y sigue marcando la historia del hombre —Dios mismo vino a habitar entre nosotros (cf. Jn 1,14), se hizo uno de nosotros—; un Misterio que afecta a nuestra fe y a nuestra existencia; un Misterio que vivimos concretamente en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la santa misa. Alguien podría preguntarse: ¿Cómo puedo vivir yo ahora este acontecimiento tan lejano en el tiempo? ¿Cómo puedo participar fructíferamente en el nacimiento del Hijo de Dios, que

La Navidad, por tanto, a la vez que conmemora el nacimiento de Jesús en la carne, de la Virgen María —y numerosos textos litúrgicos reviven ante nuestros ojos este o aquel episodio—, es un acontecimiento eficaz para nosotros. El papa san León Magno, presentando el sentido profundo de la fiesta de la Navidad, invitaba a sus fieles con estas palabras: *«Exultemos en el Señor, queridos hermanos, y abramos nuestro corazón a la alegría más pura, porque ha llegado el día que para nosotros significa la nueva redención, la antigua preparación, la felicidad eterna. En efecto, al cumplirse el ciclo anual, se renueva para nosotros el elevado misterio de nuestra salvación, que, prometido al principio y acordado al final de los tiempos, está destinado a durar para siempre»* (Sermo 22: In Nativitate Domini, 2, 1: PL 54, 193). Y el mismo san León Magno, en otra de sus homilías navideñas, afirmaba: *«Hoy el autor del mundo ha nacido del seno de una virgen: aquel que había hecho todas las cosas se ha hecho hijo de una mujer que él mismo había creado. Hoy el Verbo de Dios se ha manifestado revestido de carne y, mientras que antes nunca había sido visible para los ojos humanos, ahora incluso se ha hecho visiblemente palpable. Hoy los pastores han escuchado la voz de los ángeles anunciando que había nacido el Salvador en la sustancia de nuestro cuerpo y de nuestra alma»* (Sermo 26: In Nativitate Domini, 6, 1: PL 54, 213).

Hay un segundo aspecto al que quiero aludir brevemente: el acontecimiento de Belén se debe considerar a la luz del Misterio pascual; tanto uno como otro forman parte de la única obra redentora de Cristo. La encarnación y el nacimiento de Jesús nos invitan ya a dirigir nuestra mirada hacia su muerte y su resurrección. Tanto la Navidad como la Pascua son fiestas de la redención. La Pascua la celebra como la victoria sobre el pecado y sobre la muerte: marca el momento final, cuando la gloria del Hombre-Dios resplandece como la luz del día; la Navidad la celebra como el ingreso de Dios en la historia haciéndose hombre para llevar al hombre a Dios: marca, por decirlo así, el momento inicial, cuando se vislumbra el resplandor del alba. Pero precisamente como el alba precede y ya hace presagiar la luz del día, así la Navidad anuncia ya la cruz y la gloria de la resurrección. También los dos períodos del año en los que se sitúan las dos grandes fiestas, al menos en algunas regiones del mundo, pueden ayudar a comprender este aspecto. En efecto, mientras la Pascua cae al inicio de la primavera, cuando el sol vence las densas y frías nieblas y renueva la faz de la tierra, la Navidad cae precisamente al inicio del invierno, cuando la luz y el calor del sol no logran despertar a la naturaleza, envuelta por el frío, pero bajo cuyo manto

de nosotros y quiere encontrarnos, quiere llevarnos a Él. Él es la verdadera luz, que disipa y disuelve las tinieblas que envuelven nuestra vida y a la humanidad. Vivamos el nacimiento del Señor contemplando el camino del inmenso amor de Dios, que nos ha elevado hasta Él a través del Misterio de la Encarnación, pasión, muerte y resurrección de su Hijo, pues, como afirma san Agustín, «*en (Cristo) la divinidad del Unigénito se hizo partícipe de nuestra mortalidad, para que nosotros fuéramos partícipes de su inmortalidad*» (Epístola 187, 6, 20: PL 33, 839-840). Sobre todo, contemplemos y vivamos este Misterio en la celebración de la Eucaristía, centro de la santa Navidad; en ella se hace presente de modo real Jesús, verdadero Pan bajado del cielo, verdadero Cordero sacrificado por nuestra salvación.

A todos vosotros y a vuestras familias os deseo que celebréis una Navidad verdaderamente cristiana, de modo que incluso las felicitaciones que os intercambiéis en ese día sean expresión de la alegría de saber que Dios está cerca de nosotros y quiere recorrer con nosotros el camino de la vida. Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)